

¿Hay lobos en la cristiandad hoy en día?

Biblicom

biblicom.org

Índice

1 - Pero son los lobos espirituales los que nos preocupan	3
2 - Tres tendencias actuales	4
3 - Discernir	6

«Yo sé que después de mi partida entrarán entre vosotros lobos voraces, que no perdonarán el rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres hablando cosas perversas, con el fin de arrastrar a los discípulos tras de sí» (Hechos 20:29-30).

Después de mucho tiempo como enemigo, el lobo ha regresado de forma notable. En lugar de ser temidos, son admirados, y reintroducidos en parques (como el Mercantour en Francia). Sin embargo, el aullido de los lobos es algo aterrador.

Nos enseñan que el lobo es un animal incomprendido, que la naturaleza necesita equilibrio y que los lobos deberían ser reintroducidos en su entorno natural. Duele ser una oveja. En un mundo que libera a las fieras, tendremos que llorar a las víctimas.

1 - Pero son los lobos espirituales los que nos preocupan

¿Hay todavía lobos en nuestro paisaje espiritual? O ¿se han vuelto mansos, respetables y pudiéndose frecuentar? La falsa doctrina ¿es un fenómeno del pasado? ¿Hay solo ligeras diferencias de enfoque y comprensión hoy en día? ¿Dónde están los lobos? ¿Se ha ido? ¿Rehabilitados? Sin embargo, nunca ha habido tantos maestros y profetas, pero aparentemente no tenemos más falsos maestros y profetas.

Por supuesto que podemos señalar a ciertas sectas. Los Mormones o los Testigos de Jehová son falsos maestros, ¿quién puede negarlo? Pero, ¿es suficiente limitarse a este tipo de respuesta? Son demasiado marginales y sectarios para tener mucha influencia en nuestras iglesias, los vemos venir de lejos, con una etiqueta; cuidado: ¡lobos peligrosos!

Pero los lobos realmente peligrosos no llevan etiqueta, nunca la han llevado. Entran en nuestras iglesias, en nuestras conferencias, en nuestras librerías, presentándose como maestros fiables. Jesús nos advirtió: «Guardaos de los falsos profetas, los cuales vienen a vosotros disfrazados de ovejas, pero en su interior son lobos rapaces» (Mat. 7:15).

Cuanto más avanzan los tiempos, más debemos esperar a los falsos profetas: «Muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos. Por abundar la iniquidad,

el amor de muchos se enfriará. Pero el que persevere hasta el fin será salvo. Y este evangelio del reino será predicado en toda la tierra habitada, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (Mat. 24:11-14).

2 - Tres tendencias actuales

Curiosamente, a medida que pasa el tiempo, vemos una creciente desconfianza en la doctrina en nuestros círculos cristianos. No hace falta ser muy previsor para discernir las dos grandes tendencias siguientes: “*la enfermedad de la discusión*” y “*la puesta aparte de la doctrina*”.

Nuestra época es de relativismo. Nada es absoluto, nada es cierto para todos. Nadie es superior a otro, y ninguna religión puede considerarse por encima de otra. Hay que respetar a todo el mundo, y no querer noquear a nadie con sus propias opiniones. Todo es igual, cada uno tiene su propia manera de ver. Las ideas personales florecen para todo (1 Tim. 6:3-4). En cualquier caso, cada uno será salvado a su manera. Por lo tanto, ¡intentemos entendernos y apreciarnos como iguales! Esta igualdad en la verdad es la premisa del diálogo. Las diferencias se pueden limar con un mejor entendimiento mutuo, y hay que desterrar de nuestras mentes la idea de que cualquier persona o religión está equivocada. La vía real del diálogo nos llevará así a una mayor “unidad” entre los “cristianos” y por qué no, tarde o temprano, entre todos los creyentes, sin arrepentimiento ni obediencia a la verdad.

La contrapartida lógica de esta actitud es el rechazo de todo lo que se acerque al absolutismo doctrinal. *El amor une, la doctrina divide*, describe bastante bien el intento ecuménico, formal o informal, a los ojos de muchos. El amor viene de Dios, mientras que la doctrina se considera un esfuerzo puramente humano. Se busca el compromiso porque ya no se tolera la Verdad. Ya no se quiere blanco o negro, ni dogmatismo ni doctrinas claras. Luego viene la afirmación: “Yo también puedo saber lo que es correcto y verdadero” o la afirmación perentoria: “Yo tengo el Espíritu”. ¿Quién tiene razón? Surgen dudas y cuestionamientos, aparecen la amargura y la ira (1 Tim. 6:3-5). Se acaba por poner su fe en el hombre, en tal predicador, en tal interpretación, en tal opinión.

De ahí una creciente desconfianza, acompañada dramáticamente de una creciente ignorancia.

Así, la capacidad de discernimiento falta cruelmente, justo cuando más la necesita-

mos. ¿Quiénes en nuestras iglesias siguen practicando el ejemplo de los cristianos de Berea, que estudiaban las Escrituras para ver si las cosas eran así? (Hec. 17:11). ¿Sigue siendo la Palabra de Dios la última referencia?

La tercera tendencia es la tolerancia, la laxitud, la insensibilidad o la pasividad ante el mal; ya no nos conmueve la mala moral, reivindicamos cierta “libertad” en beneficio de la carne, nos damos autorizaciones que no son ni ventajosas ni edificantes. Uno no se humilla con la profanación, sino que permite que el “yo” florezca. Se avanza hacia una religión cómoda y honorable sin luchar contra el mal.

El creyente, visto como sacerdote ante Dios, debe ocuparse de sus propios pecados antes de ocuparse de los de los demás.

Sin embargo, estamos de acuerdo en que la advertencia de Pablo a los ancianos de Éfeso no ha perdido nada de su agudeza: «Cuidad por vosotros mismos y por todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto por supervisores, para pastorear la iglesia de Dios, la que adquirió con su propia sangre. Yo sé que después de mi partida entrarán entre vosotros lobos voraces, que no perdonarán el rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres hablando cosas perversas, con el fin de arrastrar a los discípulos tras de sí» (Hec. 20:28-30).

Pero si esto es de actualidad, ¿dónde están los lobos? ¿Cómo los discernimos? ¿Cómo proteger al rebaño de Cristo de su cruel voracidad? Podemos ser capaces de discernir las falsas doctrinas del *pasado*, pero ¿qué pasa con las falsas doctrinas *de hoy*? El apóstol habla de los cristianos que se aferran a los espíritus seductores y a las doctrinas de los demonios, diciendo mentiras por medio de la hipocresía que son marcadas (cauterizadas) en su propia conciencia. Mandan no casarse y abstenerse de carne... Timoteo, al explicar esto a los creyentes, sería así un buen siervo de Jesucristo, «nutrido en las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido con exactitud» (1 Tim. 4:1-6).

Nada tenemos que hacer con los falsos maestros que enseñan tales cosas. Aunque el rechazo al matrimonio y el abstenerse de carne son cada vez más comunes en el mundo actual. Pero, ¿qué es lo que enseñan en su lugar? Nuestra tendencia a aceptarlo todo y a no criticar nada, no nos prepara realmente para dar una respuesta fundamentada a esta pregunta. Sin mencionar siquiera las filosofías y las doctrinas recientes, ¿quién se atreve todavía a sostener que la doctrina católica romana es una amalgama de graves errores que impiden a las almas conocer el Evangelio de Cristo?

“No somos mejores, tenemos nuestras propias tradiciones que son igual de perniciosas; somos los fariseos modernos, además, lo importante está en otra parte”, se dice muy fácilmente. Pero, ¿desde cuándo nuestra dificultad para vivir según el Evangelio cambia el error de los demás por la verdad? Porque algunos pastores no son lo que deberían ser, ¿vamos a abrir el redil a los lobos? Ciertamente, deberíamos orar a menudo: “Señor, ten misericordia de mí, que soy un fariseo”. Pero esto tiene más que ver con nuestra vida que con nuestra doctrina, como señala el propio Jesucristo cuando habla de los fariseos de la época: «Todo cuanto os digan, pues, guardadlo y cumplidlo; pero no hagáis conforme a sus obras; porque dicen y no hacen» (Mat. 23:3). Por el contrario, no hay que imitar la enseñanza de los falsos maestros, ni darles, a ningún precio, una etiqueta de respetabilidad.

3 - Discernir

¿Cómo podemos discernir a los falsos maestros? ¿Cómo podemos detectar a los lobos detrás de sus disfraces? Este no es el lugar para elaborar una lista de falsas doctrinas o falsos maestros. Eso sería probablemente demasiado simple y no necesariamente fiable. ¿Estamos seguros de no estar equivocados? Parece tan sencillo: la falsa doctrina es la que niega a Jesús. Juan dice muy claramente: «Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, del que habéis oído que viene; y ahora ya está en el mundo. Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo» (1 Juan 4:1-4).

Pero, ¿nos da Juan la última palabra sobre el asunto? O se centra en la apariencia de la falsa doctrina de su época. Por supuesto que esa doctrina sigue existiendo. Cuando alguien enseña que Jesús no es el Hijo de Dios, es un falso maestro, y por lo tanto una persona que no se debe frecuentar (2 Juan 10:11) y, sin embargo, ¿qué impopular es esta conclusión ahora! Pero, ¿es automáticamente cierto lo contrario? Mientras alguien se adhiera a la doctrina de la Trinidad, es un hermano en Cristo, sin importar lo demás que pueda enseñar. En ese caso, ¿el Papa Francisco se convertirá en un hermano en Cristo, mientras que es todo sobre la Virgen, y por lo tanto un ídola? Lamentablemente, muchos cristianos recorren este camino hoy en día. No

obstante, está claro que la falsa doctrina abarca otras «verdades» que la que aborda Juan en el texto citado. Pero no es fácil distinguir entre la falsa doctrina que lleva a la condena (en el sentido más fuerte de la palabra) y una interpretación diferente que corre el riesgo de extraviar a otros. La diferencia entre ambas es que la primera lleva a la perdición, mientras que la segunda abre la posibilidad de debate.

La distinción clásica entre las doctrinas que se refieren a Cristo y a la salvación, por un lado, y las doctrinas secundarias, por otro, es ciertamente útil. Pero el problema se encuentra con demasiada frecuencia en la frontera entre estas dos categorías. Y siempre existe el peligro de convertirse en inquisidores demasiado rápidos. Sin embargo, como pastores, debemos reconocer a los lobos que amenazan al rebaño. Nuestra preocupación es que hayamos perdido nuestra capacidad de discernimiento por olvido o por el rechazo del tema.

“Las ideas de un falso maestro provienen de sí mismo, y las desarrolla como una araña que teje su tela, utilizando *su propia sustancia*” (J.N. Darby).

Esto nos inspira a hacer las siguientes observaciones:

1. Debemos permanecer apegados a la sana doctrina. Debemos aferrarnos a la auténtica Palabra de Dios tal como ha sido enseñada, para poder exhortar según la sana doctrina y convencer a los contradictores (Tito 1:9). El amor cubre multitud de pecados, pero no debe cubrir el error. Como hijos de nuestro tiempo, debemos aprender a resistir las dos tendencias modernas: “la enfermedad de la discusión” y “la alienación gradual de la doctrina” asociadas a la tolerancia. Nuestra única referencia debe ser la Palabra de Dios, considerada como tal. Este aprendizaje debe hacerse bajo la inspiración de esa Palabra, y con la determinación y el valor de rechazar lo que está en flagrante desacuerdo con ella, incluso cuando el error se puede sentir alrededor.

2. Debemos reconocer nuestra tendencia a dejarnos impresionar por los demás, ya sea por sus títulos elevados, por su aparente espiritualidad, por sus palabras dulces o bellas, o por la popularidad de lo que dicen. «Porque vendrá tiempo en que no soportarán la sana doctrina; sino que teniendo comezón por oír, se amontonarán para sí maestros, conforme a sus propias concupiscencias; y apartarán el oído de la verdad y se volverán a las fábulas» (2 Tim. 4:3-4).

Lutero dijo: “Si profeso con la voz más alta y la explicación más clara cada parte de la verdad divina, excepto solo este pequeño punto que es atacado en esta época por el mundo y el diablo, entonces no confieso a Jesucristo, no importa cuán con-

fiadamente lo profese. La lealtad del soldado se pone a prueba allí donde se libra la batalla: mantenerse firme en todo el campo de batalla, pero vacilar en este punto es solo una huida y una desgracia”.

3. *Las falsas enseñanzas de los lobos están dirigidas contra Jesucristo.* Por lo tanto, su método será siempre aislar a sus víctimas de la presencia de Jesucristo. Si no reconocemos esto, corremos el gran peligro de librar batallas personales y agotarnos en luchas de poca importancia. Debemos discernir entre el hermano que anuncia a Cristo con motivos dudosos y el falso maestro, que proclama otro evangelio.

De los primeros, el apóstol dijo: «Es cierto que algunos predicán a Cristo por envidia y rivalidad, pero otros también por buena voluntad; estos por amor, sabiendo que yo estoy puesto aquí para la defensa del evangelio; aquellos por rivalidad predicán a Cristo, no con pureza, pensando añadir aflicción a mis cadenas. ¿Qué, pues? No obstante, de todas maneras, sea por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado, y en esto me alegro, y aún me alegraré» (Fil. 1:15-18).

De los demás escribe: «Me asombro de que tan pronto os apartéis del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente; no que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Pero si incluso nosotros o un ángel del cielo os predicara un evangelio diferente del que nosotros os hemos predicado, ¡sea anatema!» (Gál. 1:6-8).

4. *A dar demasiadas falsas alertas, perdemos credibilidad.* Debemos caminar constantemente en la cuerda tensa entre dos actitudes que hay que evitar: “denunciar” a todos los que piensan de forma diferente a la nuestra, o “recibir” felizmente todo lo que se escribe y se dice con una tolerancia infalible. El lobo viene a nosotros con piel de cordero, dice Jesús, y eso dificulta nuestra tarea. No tenemos derecho a desacreditar a un hermano que ama a Jesús con todo su corazón; pero tampoco tenemos derecho a dejar que el lobo asole el rebaño. El apóstol Juan parece ser consciente de este necesario equilibrio cuando escribe: «Mirad por vosotros mismos, para no perder el fruto de la labor hecha, sino que recibáis plena recompensa. Todo el que se adelanta y no permanece en la enseñanza de Cristo, no tiene a Dios; el que permanece en la enseñanza, este tiene al Padre y al Hijo» (2 Juan 8-9). El criterio será, pues, la doctrina, la de Cristo y, por tanto, la del Nuevo Testamento. El criterio no es ni el amor ni la experiencia, sino la doctrina, «la fe que una vez fue enseñada a los santos» (Judas 3).

5. Debemos ser conscientes del peligro constante que corre el rebaño

«Yo os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes; e inofensivos como palomas» (Mat. 10:16). El lobo no debe sorprendernos. Vivimos rodeados de lobos, y debemos esperar sus ataques, cuidando de nosotros mismos y de todo el rebaño que el Señor nos ha confiado. Debemos estar especialmente atentos a los intentos de introducir la sabiduría mundana en la interpretación de la Escritura. «Mirad que nadie os lleve cautivos por medio de la vana y engañosa filosofía, conforme a la tradición de los hombres, según los elementos del mundo, y no según Cristo» (Col. 2:8). El propósito de estas interpretaciones es socavar nuestra confianza en la Palabra de Dios y alejarnos de la Persona de Cristo, como enseña la Biblia. En su lugar vendrán las filosofías modernas, las experiencias de los hombres, los métodos, a menudo tan amplios que los contornos de la Verdad se pierden en la niebla. Si es así, el camino estrecho acabará pareciendo una autopista.

6. No debemos olvidar las diferencias esenciales entre el lobo y el pastor

Consideremos cuatro diferencias:

- El lobo dispersa, el pastor reúne. El trabajo del lobo es alejar a las ovejas del rebaño. El pastor busca promover la unidad, la cohesión, la comunión en el Señor. El lobo se conforma con una apariencia de unidad que deja a cada persona libre de vivir y comportarse como quiera.
- El lobo lo lleva todo a sí mismo, el pastor lo lleva todo a Jesús. El pastor es consciente de que solo es el siervo del Pastor Soberano. Su objetivo es llevar a las ovejas a conocer mejor al Señor. El lobo se ve a sí mismo en el centro, quiere ser seguido, reconocido, adulado, pagado. No se preocupa por Jesucristo, aunque hable de él.
- El lobo destruye, el pastor edifica. Esta es la consecuencia inmediata de los dos puntos anteriores. El pastor construye, tanto la comunidad como el individuo. Cura, sana, vuelve a traer y busca. El lobo domina sin tener en cuenta a nadie. La Iglesia de Cristo puede perecer, poco le importa, mientras que él prospere en ella.
- El lobo vive como lobo, el pastor busca imitar a Jesús. Tarde o temprano la moral personal entra en juego. El pastor se impone la disciplina de Cristo porque quiere ser como él. Luchará contra sí mismo para que Jesús triunfe en él. El lobo vive como es, como quiere, como bien le parece. Para algunos será una inmoralidad personal, para otros una inmoralidad de pensamiento, al defender lo que el Señor condena.

7. Debemos velar sobre nosotros mismos. La lucha nunca terminará aquí en la tierra. Puedo convertirme en un falso maestro. Puedo llegar a estar tan lleno de mí mismo que Jesús quede marginado. Puedo dejarme arrastrar y ensanchar el camino cada vez más, en lugar de salir del campamento y soportar el oprobrio de Cristo. Puede tratarse de un “campamento intelectual” moderno en el que prolifera el abandono de Cristo y de su Iglesia, o de un “campamento religioso” en el que el deseo de unidad es mayor que el de fidelidad.

En el clima de consenso de nuestro tiempo, no es fácil creer que exista realmente un peligro. Los lobos han sido rehabilitados, y la Iglesia responsable, el cristianismo, se parece cada vez más a un parque protegido donde el lobo se ha convertido en una atracción. Al mismo tiempo, la presión aumenta. Día tras día, la Biblia es denigrada por científicos con títulos impecables, o discutida en nuestras propias reuniones. La enseñanza bíblica es a menudo marginada y considerada demasiado dogmática, demasiado doctrinal y, por tanto, demasiado estrecha. Como seguimos queriendo un mínimo de respeto, la tentación de pactar con los lobos es mayor.

No olvidemos estas palabras:

«Se multiplicarán los dolores de aquellos que sirven diligentes a otro dios» (Sal. 16:4a).

«Ellos son del mundo; por eso hablan como el mundo, y el mundo los escucha. Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos escucha; el que no es de Dios, no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error» (1 Juan 4:5-6).